

BIBLIOGRAFIA

ALVIRA, Tomás, *Pierre Bayle: Pensamientos diversos sobre el cometa*, col. Crítica Filosófica, n.º 15, EMESA, Madrid, 1978; 173 pp.

Marx afirma, en *Die Heilige Familie* (VI, 2), que "el hombre que hizo perder todo crédito a la metafísica del siglo xvii y a toda la metafísica en general fue Pierre Bayle". Este escueto juicio permite vislumbrar a la vez lo inadecuado del oscuro lugar que la Historia de la Filosofía ha asignado a este autor y el interés que la presente monografía tiene para los estudiosos de la filosofía moderna.

T. Alvira comienza su trabajo con una breve introducción dividida en dos partes. La primera está dedicada al estudio de la vida y el significado de Pierre Mayle; la segunda es una somera visión de conjunto del contenido de los *Pensées diverses sur la comète*, que vieron la luz por vez primera en 1682, editados por un librero de Rotterdam como obra anónima.

El motivo que origina el escrito, la aparición de un cometa en el cielo europeo a finales de diciembre de 1680. es aparentemente aséptico e insignificante, y no parece justificar el prolijo tratamiento de cuestiones tan importantes como la existencia de Dios, la Providencia, la dependencia del hombre respecto al Creador, el problema del ateísmo y la religión, los fundamentos de la moral, etc.

Una primera aproximación a la obra hace creer que la tesis principal de Bayle es la demostración racional de la inocuidad de los cometas, en contra del

sentir popular de la época. Pero cuando el lector se adentra en el extenso escrito, se ve conducido por las reflexiones acerca de la idolatría como único verdadero mal, desde la discontinuidad entre razón y fe y la ineficacia de esta última para dirigir el obrar moral, hasta la solapada afirmación de la necesidad de edificar una moral autónoma y separada de la religión, que habría de dar vida a una nueva sociedad de ateos honestos.

La argumentación de Bayle es gradual y sumamente cautelosa. Inicialmente propone una formulación negativa: el ateísmo no es peor que la idolatría; pero de ahí se concluye en una tesis positiva de corrosivas consecuencias: el ateísmo es compatible con una vida moral recta. Como explica Alvira, "*del no es peor el ateísmo que la idolatría se pasa a que es peor la idolatría que el ateísmo*; de aquí —y teniendo en cuenta que para la tradición libertina, idolatría o superstición eran sinónimos de religión en general— se pasa a afirmar que el ateísmo es inofensivo, y que si la religión es incapaz de regular la conducta moral del hombre, un ateo, en cambio, podría ser una persona recta, de acuerdo con cierta honestidad natural" (p. 16).

Los *Pensamientos diversos sobre el cometa* están muy lejos de ser una banalidad, pues contienen una problemática filosófica y moral de notable enjundia y actualidad. Si prestamos atención al juicio de Feuerbach, la moral racional de Kant y la eticidad absoluta de Fichte es-

tán ya presentes de algún modo en Bayle (cfr. pp. 149-150). Por otra parte, en él hay que buscar también el origen del "convencimiento que muchas personas tienen hoy día de que la religión se refiere a Dios y, en cambio, la moral se refiere a nuestro recto comportamiento en el seno de la sociedad" (p. 20). Igualmente, "si deseamos encontrar en el pasado la partida de nacimiento de una idea tan arraigada en nuestros días como es la posibilidad de que los ateos se conduzcan con rectitud moral, debemos volver la vista atrás y concentrar nuestra atención en los *Pensamientos diversos* de Pierre Bayle" (pp. 20-21).

A la Introducción sigue el estudio crítico propiamente dicho de los *Pensées*, que Alvira realiza, con notable precisión de conceptos y claridad de expresión, sobre el texto francés de la edición crítica de A. Prat (Droz, París 1939).

Se analizan primeramente los aspectos metafísicos de la obra, agrupados en cuatro puntos: la crítica de la tradición, la visión mecanicista del universo, la idea del hombre-máquina y las relaciones entre razón y fe.

a) *Crítica de la tradición.*— Bayle comienza trazando una descripción bastante exagerada del clima de inseguridad y miedo causado por la aparición del cometa, y de ahí pasa a una crítica radical de la tradición en general, que sería la causa de la credulidad de las gentes y de su extremada propensión a temores irracionales.

Del análisis atento de los tex-

tos, Alvira concluye que "la antipatía que Bayle siente por la tradición no es causada por una serie de comprobaciones que manifiesten claramente su papel de posible transmisora de errores entre los hombres; la antipatía está motivada por una razón *a priori*, que no es otra que la contenida en la primera regla del método de Descartes: no aceptar nada como verdadero si no tiene la característica de una idea clara y distinta" (p. 38).

b) *El universo mecánico.*— Con objeto de demostrar la incuidad de los cometas, Bayle desarrolla una serie de argumentos que sintetizan el mecanicismo cartesiano y el ocasionalismo de Malebranche, filósofo por el que siente gran admiración.

El universo bayleano es, pues, cantidad y movimiento, que da dinamismo a la extensión discontinua según las leyes de la mecánica. El movimiento tiene como explicación un impulso inicial que, transmitiéndose por las piezas del universo, lo echa a andar. Este impulso proviene de un motor, que es Dios. Se mengua de este modo la actividad de las criaturas, que de causas segundas pasan a ser ocasiones para la actuación de la única causalidad universal.

La física cartesiana tiene unos riesgos implícitos muy graves: el panteísmo de Spinoza es uno de ellos. "Sustraída la actividad de las criaturas, ¿por qué no concluir —como Spinoza— que la extensión no es más que un modo de la única sustancia divina? (...). Una vez despojada

la materia de capacidad causal, no había excesivos fundamentos para seguir manteniendo una existencia de lo creado como algo distinto del Creador: el único que obra es Dios, el único que existe es Dios, luego la extensión es una modalidad de lo divino. Así concluye Spinoza” (pp. 51 y 52).

Esta visión del mundo interesa a Bayle por dos motivos. Primero, porque entre decir que todo es Dios y decir que nada es Dios hay un límite casi imperceptible. Segundo, porque el concepto de causa ocasional asegura el teísmo si se parte de Dios, si, por el contrario, comenzamos con la experiencia del movimiento, lo divino se reduce a lo mecánico, y se prepara el terreno para que el hombre ocupe el lugar de Dios.

En efecto, cuando afirma que “la Naturaleza no es otra cosa que el mismo Dios actuando”. Bayle se mueve en el ámbito de la immanencia spinoziana, y por eso en el ateísmo: Dios está en la Naturaleza, pero ¿está Dios también por encima de la Naturaleza? El conocimiento natural de Dios a partir de las criaturas para él no parece posible—sólo se llega a la Naturaleza—, y de hecho Bayle, que en esta obra se presenta fraudulentamente como católico, no admite otro conocimiento de Dios que el que podemos obtener por los milagros (que más tarde considerará como una superstición).

Se puede decir, en resumen, que la exaltación aparente que el ocasionalismo hace de Dios no es más que su progresivo

arrinconamiento. Al destruir la estructura metafísica de los entes, el mundo se vuelve mecánico, privado de ser y de sustancia. Sin un conocimiento metafísico del mundo no se llega a Dios verdaderamente, sino—en todo caso— a la idea de Dios que la razón del sujeto pone y delimita.

c) *El microcosmos humano.*— La doctrina general de Bayle acerca del universo condiciona en buena parte su antropología. El mecanicismo cartesiano permite a Bayle dar por establecida, sin más explicaciones, la doctrina de “la constitution machinale de l’homme”, del hombre-máquina. El hombre no es a imagen y semejanza de Dios, “sino más bien a imagen y semejanza de un universo que está constituido fundamentalmente por leyes mecánicas. El tema clásico del hombre como *microcosmos* ahora se reduce a términos de la física cartesiana: el hombre realiza en pequeño las grandes leyes de la mecánica celeste y terrestre, es un conjunto de piezas que ha de estudiar la micromecánica” (pp. 67-68).

En este marco conceptual, puede entenderse el argumento aducido por Bayle para demostrar la existencia del alma. Lo reproducimos con sus mismas palabras: “si se tiene en cuenta que todo el resto del mundo está sujeto a ciertas leyes de la Mecánica que se observan regularmente, y que nos parecen muy conformes a la idea que tenemos de orden, se concluirá necesariamente que hay en el hombre un principio que no es

corporal. Pues si el hombre fuese solamente cuerpo, estaría necesariamente sometido a esta sabia y regular Mecánica que reina en todo el Universo, y no actuaría de una manera tan contraria a la idea que tenemos de orden" (*Pensées*, II. pp. 74-75, lín. 80-89).

De aquí resulta que el desorden, el pecado tal como lo entiende Bayle, es la única vía para el conocimiento del alma.

De hecho Bayle no afirma claramente la espiritualidad del alma humana. Dice únicamente que es "une substance distincte du corps, et plus parfaite que le corps", haciendo consistir esa mayor perfección en la racionalidad que confiere al hombre: se ha perdido la noción de alma como forma substancial. De ahí que baste negar la espiritualidad de las operaciones racionales —asimilándolas a la actividad de los sentidos, como hizo el materialismo del siglo XVIII—, para que se desvanezca la idea de alma espiritual.

d) *Razón y fe*.—Volviendo al tema de los errores y supersticiones populares, Bayle se pregunta cómo es posible que éstas no sean exclusivas de los pueblos paganos, sino que se encuentren también en tantos cristianos. La razón sería, según el filósofo de Rotterdam, que la fe no supone ninguna defensa frente al error, queriendo significar con esto que "el problema de la ignorancia hace referencia a la ciencia, pero no a la fe, y de este modo la fe se excluye del ámbito del conocimiento. Cuando Dios da la fe, afirma Bayle, es que quiere aumentar el nú-

mero de creyentes, no el de filósofos" (p. 80). Se opera así una separación absoluta entre la fe y la filosofía, pero entendiendo ésta como ciencia particular (mecánica y física): como las conclusiones de las ciencias particulares no son relevadas por Dios, se concluye afirmando que la fe es anticientífica, y que está completamente separada del orden del conocimiento, tal y como había dicho Lutero. No se valora, por tanto, el hecho de que, junto a las verdades sobrenaturales, Dios haya revelado muchas verdades naturales de orden metafísico (existencia de Dios, espiritualidad e inmortalidad del alma, etc.), y se ignora también la realidad de que, aunque un cristiano pueda tener errores científicos, es mucho más difícil que éstos le lleven a una desorientación de las cuestiones fundamentales, pues todo lo que es necesario para la salvación y la recta conducta moral (verdades naturales y sobrenaturales) le ha sido revelado por Dios.

De lo dicho anteriormente pasa Bayle a sostener la inculpabilidad del error racional (científico) acerca de Dios si se tiene a la vez fe, es decir, traslada al orden práctico su teoría de la incomunicabilidad entre razón y fe.

Alvira dedica la segunda parte de su estudio crítico al análisis de los principales aspectos morales de los *Pensées*. Las tesis de Bayle están agrupadas en cuatro puntos: el ateísmo no es peor que la idolatría, la ineficacia de la religión, los fundamentos de la moral autónoma

y la sociedad de ateos honestos.

a) *El ateísmo no es peor que la idolatría.*—Respondiendo a una de las objeciones planteadas acerca de la inocuidad de los cometas, Bayle afirma que Dios no puede formar milagrosamente los cometas para manifestar su providencia, porque Dios no hace milagros para sustituir un crimen por otro, es decir, el ateísmo por la idolatría. De aquí pasa a explicar que en el mundo hay muchos más idólatras que ateos, que en el Antiguo Testamento la idolatría es el vicio más denigrado y que en realidad es muy difícil llegar a ser ateo, mientras la idolatría es en cambio un peligro siempre al acecho, de manera que puede concluir “que no hay ningún mal que debemos temer menos que el ateísmo” (*Pensées*, I, p. 288, lin. 57-58).

Además, añade, por ateo no se entiende aquí a quien ha rechazado el conocimiento que tenía de Dios para poder abandonarse al vicio, sino a los que jamás han oído hablar de que deben reconocer a Dios. Es decir, admite, casi por definición, el ateísmo inculpable, a la vez que confunde el desconocimiento sobrenatural de Dios con el natural, e interpreta ambos como una simple privación o nesciencia, y no como un error o negación Dios.

Bayle refuerza todo lo que ha dicho hasta ahora con un nuevo argumento: los idólatras en cierto sentido son ateos, porque no es conocer a Dios imaginárselo finito, imperfecto, ne-

cesitado de compañeros, etc. Pero salta a la vista otra tesis que Bayle, sin embargo, silencia, y es que los ateos en cierto sentido son idólatras. El idólatra da culto a una criatura, y el ateo se glorifica a sí mismo al querer suplantarse la gloria divina por la excelencia de su razón, que se constituye en medida de todas las cosas.

b) *Ineficacia de la religión.*—Podría parecer a primera vista, explica Bayle, que el hombre convencido de la existencia de Dios y de su providencia procurará llevar un comportamiento virtuoso; pero la experiencia demuestra más bien lo contrario. Y la razón de ello sería que el hombre no se decide a obrar de una manera o de otra en virtud de los conocimientos o ideas generales que posee, sino por un juicio particular acomodado a la pasión dominante en el corazón: “ce ne sont pas les opinions generales de l'esprit, qui nous déterminent à agir, mais les passions presentes de coeur” (*Pensées*, II, p. 17, lín. 8-10). Se propugna, pues, un determinismo de las pasiones que Bayle ilustra con una descripción exageradamente tendenciosa y muchas veces irreal de los errores morales de los cristianos, y al que sólo escaparían unos cuantos predestinados por Dios. En el resto de los casos, esto es, para el hombre corriente, la verdadera religión —y no sólo la falsa o idólatra— es incapaz de influir positivamente en su obrar moral.

De aquí se sigue, para Bayle, que el ateísmo no conduce ne-

cesariamente a la corrupción de costumbres, puesto que el conocimiento de Dios no influye en la conducta, que en cambio depende del determinismo pasional. Esta es la tesis que el iluminismo libertino del siglo XVIII tomó de los *Pensées*, como se reconoce explícitamente en las *Letters to Serena* de John Toland (cfr., p. 102).

A estos razonamientos de Bayle podrían hacerse varias objeciones. Ya que está refiriéndose al Cristianismo, Alvira usa nociones teológicas: es verdad que la fe puede mantenerse sin la caridad, pero no es menos cierto que la fe obra por la caridad. "De aquí que se puedan objetar a Bayle que ya en su establecimiento de la situación de hecho comete una inexactitud. Los cristianos "hipócritas" que protagonizan sus largas enumeraciones de ejemplos puede ser que, en efecto, tengan fe, pero esa fe —que ciertamente no se pierde sino por el pecado directamente contrario de infidelidad— no es una fe viva, como la del cristiano que luchando contra las malas inclinaciones permanece en gracia de Dios" (p. 115). Es precisamente la falta de esa lucha lo que puede ir deteriorando no sólo la vida, sino hasta la misma fe, en el momento en que el hombre sucumbe a la tentación de cohonestar intelectualmente su conducta relajada. Bayle, por el contrario, se acerca a la doctrina de Lutero: *crede et pecca fortiter*, cuando afirma que se puede estar fuertemente descarrilado en las costumbres, y fuertemente per-

suadido de la verdad de la religión (cfr. *Pensées*, II, pp. 31-32, lín. 1-5).

A esto habría que añadir una nueva observación. Es cierto que en ambientes cristianos pueden encontrarse vicios, pero se encontrarán arrinconados y acompañados de la convicción de que es posible la salud espiritual y de que existen unos medios precisos para recuperarla. "En los ambientes imbuídos de neopaganismo ya no sólo hay vicios, sino que éstos no se conocen como tales: se pierde —a nivel individual y social— la noción de bien y de mal, el desorden moral se justifica teóricamente y ya no se cae en él a veces, sino sistemáticamente, con el favor de las leyes civiles y del ambiente externo, de modo que el buen comportamiento resulta verdaderamente accidental y heroico" (p. 117). Si Pierre Bayle pudiera contemplar algunos sectores de nuestra sociedad, tendría que reconocer la verdad de estas afirmaciones.

c) *Los fundamentos de una moral autónoma.*—La conclusión que Bayle extrae de su análisis de la ineficacia de la religión es que el ateo se encuentra en las mismas condiciones que el teísta para poder obrar virtuosamente, e incluso en mejores condiciones, porque carece de una serie de prejuicios innecesarios. La motivación de esta tesis se aclara notablemente cuando afirma que el amor a la religión es una pasión más (cfr. *Pensées*, II, p. 64, lín. 60-63). La vida humana resulta de un juego de pasiones

en el que la pasión religiosa no puede predominar sin una "especial ayuda del Espíritu Santo", que sólo concede Dios a unos cuantos predestinados.

De ahí debería seguirse la negación de toda moral; pero sorprendentemente Bayle va a deducir una conclusión bien distinta: la necesidad de fundamentar una moral atea y autónoma. Como señala Marx (*Die Heilige Familie*, IV, 2), Bayle fue el primero que "anunció la sociedad atea que se preparaba, demostrando que puede existir una sociedad de puros ateos, que un ateo podía ser un hombre honesto, que el hombre no se corrompía por el ateísmo, sino por la superstición y la idolatría".

d) *La sociedad de ateos honestos*.—Estamos ya en el último paso de la operación crítica de Bayle. Comienza negando todo valor a las motivaciones morales de orden religioso y trascendente, y así afirma que el único motivo que puede inducir eficazmente a la virtud es el temor a la infamia. De aquí se sigue una exagerada valoración de la eficacia de la ley humana, de manera que sólo cuando ésta prohíbe un vicio se obtendría una conducta generalizada.

Pero Bayle no se conforma con esto, y va a introducir un nuevo elemento de orden inmanente para fundar su moral: la idea de honestidad natural. Su contenido es descrito vagamente, pero sería algo tan antiguo como el hombre y que le llevaría a comportarse rectamente, a tratar bien a sus

semejantes, etc., porque esto es conforme con la razón. Un aspecto queda, sin embargo, muy claramente definido: es esencial a esta honestidad natural su desvinculación respecto a toda religión y al conocimiento de Dios. Se afirma expresamente que las ideas de honestidad que pueden encontrarse entre los cristianos no provienen de la fe que profesan, sino de su razón, con independencia del orden trascendente. No se trata aquí, por tanto, de la ley natural impresa por Dios en todo hombre, cuyo primer y fundamental precepto es el conocimiento y amor de Dios.

Bayle nos describe más bien la figura de un "ateo honesto", que está destinado a ocupar un lugar preponderante en un amplio sector de la literatura contemporánea. Es la figura del hombre recto, filántropo, que respeta a los demás, y que sin embargo no cree en Dios, y que aparece más simpático que el creyente descrito como fanático, que promueve desórdenes ("las guerras de religión", etc.), o que lleva una vida de volupuosidad y de hipocresía, encubierta por manifestaciones externas y públicas de fe.

¿Qué decir de la moralidad del "ateo honesto"? Como observa Alvira, la sustitución del bien por la idea de honestidad natural impide que pueda hablarse de moral. "La ética que Bayle se esfuerza en fundar tiene su punto de apoyo en la idea de honestidad natural. La construcción de una moral atea comporta una incoherencia fundamental: sin un recto fin úl-

BIBLIOGRAFIA

timo no hay ética posible y el Fin último y Bien pleno —Dios— ha sido negado. La supuesta inexistencia del Bien hace que desaparezca también incluso el bien particular, pues éste tiene bondad por participación del Sumo Bien, y si se apetece desordenadamente como último fin, *ipso facto* se transforma en un mal” (p. 137).

Alvira señala, por último, el error bayleano acerca del papel normativo de la razón. “Se trata de comprender que la *regla de la moralidad* no es la razón, sino que la *tiene* la razón. Ese carácter participado hace que la razón sea una *mensura mensurata*; mide, pero es medida, y si no fuese así no podría medir rectamente (...). La recta razón es medida, pero no la última medida, pues eso es lo propio de la medida trascendente divina” (p. 156). La razón atea no puede ser regla moral del bien humano, porque ella misma es algo infrahumano, negadora del orden al Bien que constituye participadamente no sólo el bien del hombre, sino todo bien en general.

— O —

Esta breve descripción de la operación crítica realizada por Bayle nos permite valorar su influencia en el proceso de la filosofía moderna. Descartes había titulado originariamente su *Discurso del método* como “Proyecto de una ciencia universal que pueda elevar nuestra naturaleza a su más alto grado de perfección”, pero en realidad se limitó a desarrollar princi-

palmente los aspectos más especulativos de ese saber. La obra de Bayle aborda los aspectos éticos del proyecto cartesiano: una ciencia inmanente del bien y del mal. Se afirma, pues, que “el más alto grado de perfección de nuestra naturaleza” incluye también la autónoma determinación de lo que se ha de hacer y evitar. Se postula así que la razón humana es, de acuerdo con las instancias ínsitas en el *cogito*, no sólo dadora de sentido, sino también la fuente de la honestidad y felicidad humanas.

ANGEL RODRÍGUEZ LUÑO

BOROBIO, Luis, *El ámbito del hombre*, EUNSA, Pamplona, 1978, colección nt, 148 págs.

El ámbito del hombre es un libro que habla, es verdad, de arquitectura: de la vivienda y de la ciudad. Pero no es propiamente un libro de arquitectura, ni, mucho menos, un libro de urbanismo. Es el hombre —la vida de los hombres— lo que interesa a su autor: el hombre como modelador de sus espacios vitales y como creador de sus propios ambientes.

Los diferentes capítulos del libro son distintos ensayos que pueden leerse independientemente; pero que, no obstante, forman un conjunto con un hilo ordenador y una idea directriz: son aspectos diversos que concurren a perfilar con claridad una concepción original de lo